



Seix Barral

Benoît Coquil

Cositas





Seix Barral Biblioteca Formentor

Benoît Coquil

Cositas

Traducción del francés por
Rubén Martín Giraldez

Gordon Wasson tiene apenas cinco años cuando se marcha de Great Falls (Montana), su ciudad natal, para mudarse con sus padres y su hermano a Newark (Nueva Jersey), cerca de Nueva York. A la otra punta del país, como quien dice. Él no lo recuerda, o solo lo recuerda como un viaje interminable cuya duración rozaba lo sobrenatural. Un viaje tan largo que conduce a otro mundo. Tal vez conserve, sin embargo, el recuerdo nitidísimo de esos pocos minutos en los que pierde de vista a sus padres en la estación de tren de Mineápolis, inundada por el vapor de las locomotoras, minutos que pasa con la mirada clavada en el logo del Northern Pacific Railway sin entenderlo, una especie de yin y yang rojo y negro que lo hipnotiza, hasta que su madre, de los nervios, lo encuentra por fin y lo saca de golpe de su hipnosis de niño cansado.

De modo que, a principios de 1900, los Wasson pasan de la interminable llanura de Montana a la gran ciudad vertical. Han tomado una docena de trenes para llegar hasta allí y, sin embargo, ahí los tenemos, rendidos pero felices, en su casa de ladrillo cerca del Hudson, a quince kilómetros de Manhattan.

El padre, Edmund Atwill Wasson, es pastor. La diócesis le ha concedido un ascenso para guiar a las almas descarriadas de la parroquia de Newark. Nos lo podemos imaginar como un hombretón barrigudo, que impone a sus hijos con unos ojos muy claros que abre durante sus sermones, porque le gusta dramatizar (sobre todo cuando les cuenta la historia de la zarza ardiente) y su vozarrón retumba en la nave.

Aunque no hace falta que nos imaginemos a un personaje austero: Edmund también es un amante de la buena comida y no le hace ascos al vino de misa, pronto el único alcohol que circulará en esos años de prohibición galopante. De hecho, está a punto de publicar un libro titulado *Religion and Drink*, en el que aboga por que sus feligreses puedan seguir bebiendo vino, dentro de los límites de la moderación cristiana, echando mano de san Juan Crisóstomo: «¡No condenéis el vino, sino el abuso que del vino se hace!». Mientras las cervecerías y los bares cierran uno tras otro, mientras que en los salones se empieza a tomar agua de Seltz, Edmund, con los ojos brillan-

tes después de unos vasos de la Preciosísima Sangre, tal vez diserta sobre las bodas de Caná o el éxtasis de santa Teresa de Ávila, «embriagada de vino celestial».

El gusto por el misterio, el pequeño Gordon se lo debe sin duda a su lectura inmoderada de las aventuras de Sherlock Holmes, por más que su padre le repita que en materia de misterio nada iguala a los de Dios y la Biblia, con mayúsculas. Pero eso Gordon ya lo sabe. A los catorce años ya va por su tercera lectura del Antiguo y del Nuevo Testamento, y ha encontrado ahí una buena cantidad de misterios. Sus episodios favoritos, por orden de preferencia creciente: Jonás engullido y luego escupido por la ballena; Elías subiendo al cielo en un torbellino; y las llamas del Espíritu Santo posadas sobre la cabeza de los apóstoles, que empiezan a hablar todas las lenguas.

Gordon y su hermano Tom también deben al padre su buen inglés, esa prosa tan cuidada de la que hacen gala cada dos por tres, incluso para hablar de béisbol, porque el reverendo Edmund les prohíbe, a fin de enriquecer su estilo, el uso del adverbio *very* y del verbo *get*, y les ha prometido las llamas del infierno si se atreven a confundir *like* con *as*, *shall* con *will*, o *should* con *would*.

No contentos con hacer de sus hijos buenos cristianos y unos anglohablantes de excepción, los progenitores velan también por que se mantengan despiertos, tanto de cuerpo como de mente: una vez al mes, Gordon y Tom reciben un billete de tren de ida y vuelta y unos cuantos dólares para ir a visitar solos un museo de la capital. Pura aventura: Nueva York es como un archipiélago. Hay que cruzar tres ríos para llegar a Manhattan, luego en la jungla de Central Park, esquivar a los granujas de la Quinta Avenida y a los espías de Times Square, para acabar descubriendo finalmente el tesoro esperado: una momia, un esqueleto de dinosaurio, un autómatas musical, dependiendo del museo.

Un día, en el Museo Metropolitano, al fondo de la gran sala vacía de arte oceánico, Gordon se topa con una máscara de Nueva Guinea que observa —o, me-

jor dicho, *que lo observa*— durante casi una hora. Vuelve a estar hipnotizado, como en la estación de Mineápolis. Más que una máscara, parece un yelmo, un yelmo majestuoso hecho de escamas de tortuga, con una larga nariz puntiaguda en el centro y dos ojos enormes, completamente blancos, que lo dejan clavado en el sitio. En lo alto, un ave marina de madera, tipo albatros o fragata, con sus gigantescas alas desplegadas. Una máscara de metamorfosis, por tanto, una especie de objeto mágico capaz de transformar a quien la lleve en un ave marina, u otorgarle al menos el don de volar. ¿Es esto lo que piensa el pequeño Gordon allí plantado? ¿Se imagina calándose la máscara y sobrevolando Long Island? ¿Intuye ya que existen los viajes estáticos? Pero ya está, la ensoñación ha terminado, esta vez es su hermano quien lo agarra por el cuello.

Según la nota biográfica publicada por el museo botánico de la Universidad de Harvard, es hacia 1914 cuando se desata todo. La guerra estalla a lo lejos, Gordon tiene dieciséis años. Se acaban los museos. Se va a Inglaterra a reunirse con su hermano. En 1917, se alista en el cuerpo expedicionario estadounidense en Francia. Primero en la infantería, luego como operador de radio.

Después de 1918, una vez recuperada la paz, la nota biográfica pasa de las hazañas bélicas al currículum: Escuela de Periodismo de Columbia, Escuela de Economía de Londres, profesor de inglés en Columbia, reportero para el *New Haven Register*, columnista de economía para el *New York Herald Tribune*, aproximadamente cuarenta años antes de que Jean Seberg vendiera ese mismo periódico en los Campos Elíseos en *Al final de la escapada*.

El problema es que esto no nos dice si prefiere el

otoño en Londres o en Nueva York. Si fue el primero de su familia en viajar tanto. Si, una vez de vuelta, *añora Europa*, como Rimbaud. No nos cuenta nada de la guerra que vivió, si lo empujó a la madurez, si estuvo en Verdún o Craonne, si aún tiembla al recordarlo. Ese es el problema de las notas biográficas: no cuentan gran cosa. La de Wasson al menos nos informa sobre el niño soñador que dejó de ser o que acalló por un tiempo, pero no nos dice nada de su encuentro con Valentina Pavlovna Guercken, con quien se casó en 1926.

¿Fue en Central Park (que para Gordon era como un paraíso infantil), en los bancos de Columbia o en otro lugar donde se conocieron? Poco importa, porque las circunstancias hicieron que la mirada de aquel joven estadounidense pulcro, siempre encorbatado, periodista todoterreno y pronto banquero, se cruzara con la de aquella joven exiliada rusa, estudiante de Medicina y futura pediatra, que había huido de Moscú para escapar de la revolución. ¿Es la *wanderlust*, la llamada de lo lejano, lo que el uno reconoce en los ojos del otro, y lo que los unirá durante las próximas décadas? Tal vez también, en los años veinte, aquellos que habían hecho ya viajes tan largos en su juventud se reconocían entre sí como miembros de

una gran comunidad silenciosa por las arrugas de la aventura o del exilio en el rabillo del ojo.

Lo único que sabemos es que se casan en 1926, y que eso sucede en Londres.

Gran Bretaña es una isla acogedora donde llueve a cántaros, de modo que el suelo es verde y suave, y crecen todo tipo de musgos y líquenes. Como siempre está lloviendo, la gente se queda en casa leyendo *fairy tales*, atiborrándose de *stout* y de whisky, y suponemos que el país lo pueblan tantos buenos británicos como brujas y magos, duendecillos y hadas. Claro que está Londres, que no tiene nada de todo eso; Londres, que es un gran moloch de metal envuelto en humo tizado y, en el corazón, un viejo rey que tose y rezonga. Pero, por lo demás, es una tierna campiña de fantasía donde abundan las *banshees*, los magos y los *pixies*, todos igualmente atiborrados de *stout* y whisky, y que más tarde serán reemplazados por los hippies y los punks. Subcategoría de esa población mágica, amigos de las brujas y de la lluvia, los hongos también están por todas partes, reino dentro del reino.

Pero Gordon y Valentina están en el mismísimo corazón del moloch humeante: se casan en una iglesia rusa en Londres, y a lo mejor después visitan a una vieja tía de Valentina exiliada en Kensington, o que-

dan con un antiguo colega en la City, o consultan libros en la British Library y, para terminar, cogen un avión y vuelven a Nueva York. En fin, todo va muy rápido, en menos que canta un gallo los reclama de nuevo su seria vida de ultramar. La juventud ya se les escapa. No hay lugar esta vez para la fantasía campes-tre. Los hongos tendrán que esperar.